

da. Despues de seguir por mucho tiempo praderas bañadas por las limpias aguas de un delicioso rio, hubimos de dirigirnos hácia las montañas bien conocidas que circundan la gran ciudad tábara. Todas esas montañas se parecen, y tienen en su cumbre una muralla natural que de lejos les da la apariencia de fortalezas.

Ya el sol se dirigia al ocaso, y la comitiva á quien cansó esa larga jornada se iba desparramando mas y mas, no sin haber cazado algun lindo pájaro á quien costaba la vida nuestra imprevista aparicion en esas soledades. Cuando encontrábamos algun viandante nuestras incertidumbres se iban aumentando. Baghtcheh-Sarai, nos decia uno, está á cuatro verstes, y mas adelante otro nos aseguraba que teniamos que andar ocho. Alzabase mientras tanto la luna, mostrando encima de las montañas su disco enrojecido por los ardientes vapores de la tarde. En aquel momento Miguel y dos de los compañeros, cuyos caballos conservaban todavía algun aliento, se adelantaron al galope para ir á disponer nuestras camas, mientras el resto de la caravana fatigada seguia sus huellas apresurando el paso todo lo posible.

No tardamos en penetrar dentro de esas murallas de rocas fantásticas que se suponen levantadas por algun Vauban del otro mundo: esperábamos en

todo caso un lecho y el reposo de la noche; mas el lector puede juzgar cuán terrible fué nuestro chasco cuando al llegar á la meseta, vimos que era un árido desierto: no habia tal ciudad, ni habia luces, sino una vasta llanura sin eco, en la cual los cascos de los caballos resonaban como sobre el empedrado de una gran plaza. Una hora se nos pasó atravesando ese falaz desierto, cuando por fin oimos ladridos, brillaron algunas luces en una especie de abismo que estaba á nuestros piés, y en medio de la niebla pudimos distinguir las puntas de los blancos minarettes. Una cuesta rápida, y que va dando vueltas, nos condujo de pronto á un rio encajonado en un malecon de piedras: echamos pié á tierra en el umbral de una ancha ogiva oriental sobre la que descansaba un pabellon cuadrado: nos reconoció un empleado, y por fin pudimos entrar en un inmenso patio circuido de fábricas ligeras, elegantes y desiguales, cuyas brillantes fachadas iluminaba la luna. Nos hallábamos en el palacio de los Khans de Crimea, residencia histórica, *Palacio de los jardines*, al cual Baghtcheh-Sarai debe su significativo nombre.

No era una ilusion, habiamos tocado en el blanco: eso no era la alegre capital Viena, ni Perth, la orgullosa reina de la jóven Hungría; no era el Da-

nubio con sus márgenes inundadas, con sus espumosos torbellinos cargados de tranquilos buques de vapor. Tampoco era Bukharest ni Yassy, ciudades deslucidas por las pálidas instituciones del Occidente: nada de todo eso, era un verdadero Sarai de Oriente, un palacio de las *Mil y una noches*, estábamos de lleno en Asia. Esa voz que canta en los aires encima de nuestras cabezas, es la voz del *mu-selim* ó *muezin*: cerca de nosotros, en un silencioso cementerio duermen sesenta Khans, cuya residencia ha sido este palacio; buenos ó malos entre esas paredes han vivido. Mañana veremos sus angostas sepulturas á cuyo pié murmura una fuente oculta bajo la yerba; monótona quejumbre grata á los sepulcros.

La Crimea pertenece á la Rusia que ha conservado fielmente las tradiciones de ese poético escondrijo del inmenso imperio. El palacio está abierto, como antes, á cuantos le visitan, y en los edificios reservados en todos tiempos á los huéspedes diarios se ofrece á los viajeros una hospitalidad digna de las edades lejanas. La grande ala del palacio que mira al rio, contiene las habitaciones sagradas. Si desde la bóveda que sirve de entrada se mira hácia el fondo del recinto, á la derecha se ven la estancia del Khan, el harem, los baños, los jardines particu-

lares y una elevada torre que termina la azotea cerrada con una verja. A la izquierda se presenta una grande mezquita con sus atrevidos minaretes; el cementerio circuye dos vastos pabellones fúnebres: y todo este conjunto está rodeado de habitaciones. En la estremidad del patio que está enfrente descuellan un Kiosco, por el cual se entra á las caballerizas, y una fuente moderna de estilo oriental sombreada por sauces, y que tiene la cifra turca del emperador Alejandro: un anfiteatro de jardines sirve de fondo al cuadro, cuyo último plano es la grande muralla de peñas, tan estrañamente regulares, dentro de la cual se halla la ciudad encerrada.

Nuestro alojamiento eran dos cuartos muy limpios y amueblados con dos canapés de tafilete insuficientes para tanta gente; pero las esterillas del pavimento fueron para nosotros despues de una equitacion de diez y seis horas, un blandísimo lecho. Al mismo tiempo, para remediar el sufrimiento de una larga abstinencia, hicimos buscar provisiones, cosa algo difícil en hora tan adelantada; mas con no poca sorpresa de todos, se presentaron dos enormes platos que, con aire de triunfo, colocaron sobre la mesa nuestros guías. En el uno habia una montaña de piés de carnero cocidos, y en el otro

estaban amontonados como en una hecatomba las cabezas de los mismos animales, cuyos piés devorábamos; mas este último manjar, de aspecto harto oriental, cayó bajo la jurisdicción de los tártaros.

Dormíamos aún cuando asomó el sol en el horizonte; y nos apresuramos á ver y á juzgar con la luz del día, lo que tanto nos habia encantado á los rayos de la luna. El palacio nada perdió de su belleza. Esos edificios graciosos, desiguales, sombreados por sus grandes techos rojos cubiertos de pinturas mezcladas con divisas, nos parecieron hechiceros por su gracia y frescura: esos numerosos patios, esos jardines, quizás poco cubiertos de sombras, mas por los cuales corren incesantemente inagotables fuentes; esas celosas y discretas paredes del harem, todos esos cuadros de aspecto tan nuevo, nos atrajeron desde luego; pero nos reservamos para otra sazón una minuciosa visita. Despues de haber sido atentamente recibidos por M. Bobovitch, intendente del palacio á quien nos habia recomendado el gobernador general, nos dispersamos por la ciudad y cada uno corrió hácia el objeto especial de sus estudios, el uno á las montañas, cuya singular estructura, vista en la precedente noche, ofrecia un hermoso problema de geología, otro á quien

poco le importaba de los khans, reyes de ayer, iba á interrogar á la antigüedad en su mas venerable santuario y se cargaba de anchos fósiles, ostras gigantes de una edad que no sabia determinar el espíritu humano, y las raras plantas del desierto y los infinitos dibujos de todas esas figuras tan hermosas, de todas esas casas tan lindamente arruinadas. De este modo recorriamos, dispersos, la ciudad y sus cercanías.

Baghtcheh-Sarai se estiende en el fondo de un angosto valle crizado de grandes rocas cúbicas que al parecer amenazan aplastarla, y en el fondo de la quebrada se abre paso el riachuelo llamado Djuruk-Su. Ese arroyo á quien no se calumnia, aunque su nombre significa agua fétida, nada tiene de comun con los cristalinos manantiales que son la delicia de los habitantes. Durante mucho tiempo esa ciudad fué la residencia de los khans de Crimea que se complacieron en embellecer el palacio, recinto de su poder: allí se mostraban á los pueblos, desde el seno de la mas dulce molicie. Asolada muchas veces y conquistada finalmente por la emperatriz Catalina ha vuelto á ser una ciudad puramente tártara, y la sola en Crimea que ha conservado sin mezcla el tipo de esta nacion interesante.

Una larga calle forma casi sola toda la ciudad que

se extiende á la márgen del Djuruk-Su. Las casas y los jardines suben á derecha é izquierda por lo escarpado del angosto valle. En medio de los árboles se agrupan muchas mezquitas y alzan sus minaretes entre las habitaciones. En cuanto á la arquitectura habitual nada de particular ofrece, sino es la construccion de las chimeneas, que son otras tantas torrecillas puntiagudas y caladas. Toda esa grande calle está cuajada de tiendas y de talleres en donde la industria tábara se ejerce aún en toda la sencillez primitiva, fabricando los objetos que producía dos siglos atras, porque ni la moda ni el capricho han variado cosa alguna en esos inamovibles productos. El mas ordinario vidriado, la cuchillería mas comun, grande variedad de obras de taflete, como babuchas, sillas, cintos y bolsas: tales son las mercaderías que adornan las tiendas, especie de puestecillos altos, en los cuales el mercader está sentado en el suelo, como nuestros alpargateros.

Los talleres son de carrocería, en ellos se echan herraduras á los bueyes, y se carda y devana el algodón. Vienen luego los pasteleros y cortantes, y los barberos, personajes importunos, poetas, censores y políticos que, gracias á un par de anteojos, suelen tomar un aire muy particular de gravedad,

y despues los torneros que vacian con la mayor calma un palo de cerezo ó de gemela para convertirlo en los largos tubos de pipa tan estimados en Occidente. Todo el mundo trabaja con calma, y compra ó vende con dignidad. Los judíos-karaims, miembros de una secta segregada de la nacion israelita, y de quienes hablaremos en otro lugar, se reservan el comercio de las telas, mercerías y frutos coloniales. Esos hombres vienen todas las mañanas de la cumbre de una peña vecina, en donde tienen su residencia, atrayendo al parroquiano á sus almacenes particulares.

No podemos menos de mencionar los enormes montones de sandías que cubren las calles, pues en esta estacion la sandía es un alimento de todos los instantes, de una necesidad que renace de continuo, que basta casi para la subsistencia de todo un pueblo, á despecho de las disposiciones higiénicas aplicables á los climas calientes. Acabamos con esta calle, que es una ciudad entera, añadiendo que está mal empedrada, y que durante el dia es recorrida por una multitud de carruajes con los ejes tan horriblemente chillones, de que ya hemos hablado. Algunas encrucijadas considerables vienen á parar á este activo centro de la ciudad, pero corresponden á los arrabales que ocupa la clase baja, ó que

están poblados de casas herméticamente cerradas, sin ninguna vista, y son una especie de cárceles en mitad del camino público. En el mismo centro de esos largos radios de la ciudad y de sus avenidas, se extiende el palacio rodeado de vastos jardines. Se penetra en él por un puente de piedra, y por ese elegante pórtico que tan á propósito se abrió en la víspera á nuestra caravana dispersa por la fatiga.

Esa residencia soberana está adornada con inscripciones sin cuento. No hay puerta que no tenga su leyenda ó su cifra talismánica, mezclada con pinturas de que, sin escepcion, están cubiertos todos los cuarterones del edificio: ramos de flores, de frutas, aves raras ó fantásticas, graciosos espirales, cuya crudeza de tono resalta atrevidamente sobre el fondo blanco de las paredes. El palacio de los Khans en el momento de nuestra curiosa visita, salía mas brillante que nunca de las restauradoras manos de los arquitectos.

El inteligente artista M. Elson, acababa de poner término á su obra con un gusto admirable, y devolviendo á esas decrepitas habitaciones todo el original brillo de sus tiempos pasados; y esta restauracion régia ha sido completada con los magníficos muebles y los mas minuciosos adornos que han

enriquecido esta bella residencia, tipo verdadero de la gracia oriental. Todos los cuartos están hoy revestidos de preciosas telas, guarnecidos de canapés, alfombras y esterillas recientemente traídas de Constantinopla. Compónese esta morada de salas y gabinetes que se siguen y corresponden por efecto de un plan caprichoso y desordenado. Débilmente iluminadas al traves de vidrios de colores, brillan por efecto del barniz, cambian de color á causa del nácar, y en todas partes se ven cristales, oro, plata, muebles raros, y se respiran los embalsamados vapores de los perfumes. Tal es este prodigioso palacio, en donde se hallan realizados todos los sueños de la mas fecunda fantasía. Pero, ¿quién es capaz de contar las vueltas de ese laberinto, sus infinitas salidas secretas, sus baños de mármol, callados testigos de esas sensualidades asiáticas del harem, que la Europa inventa, pero que no conoce? Ya hemos dicho que en los jardines hay una gruesa torre y encima de ella una celosía dorada, y esa torre, segun nos dijeron, le sirvió á un khan para criar halcones, otro hizo de ella una plataforma, desde la cual, en la hora del fresco, sus mujeres miraban la comarca del contorno.

Desde las altas paredes del harem, en ese otro palacio que tiene tambien sus baños, sus surtido-

res, sus frescos vestíbulos de mármol, hemos dirigido una mirada á la mansion de las mujeres, pero esa mansion está desierta, y solo se encuentran algunos vestigios de los antiguos muebles, algunos vidrios de brillantes colores, algunos espejos de Venecia, que en otro tiempo reflejaron las lindas facciones, las pintadas cejas y los acarminados labios de las muelles favoritas. Encerrada entre esas paredes gemia la hermosa María Pototska, la dulce cristiana, el poético y puro ídolo del mas indomable y del mas generoso de todos los señores de ese palacio. El noble y desgraciado poeta Puschkine, tan fatalmente muerto y llorado por sus cofrades de Europa, que veneran su nombre, su gloria y sus versos, inmortalizó esos tristes amores en cantos armónicos, como él solo sabia hacerlos.

Este *Palacio de los jardines*, residencia de los soberanos de la Crimea, hubiera podido llamarse *Palacio de las fuentes*, pues en todas partes hay agua corriente, circula por las paredes, por los jardines, por los vestíbulos, como la sangre por las venas de un joven robusto. Entre todas esas fuentes merecen ser citadas las que decoran el vestíbulo. Toda la delicadeza del gusto oriental, todo el genio y la gracia de la arquitectura asiáticas, están reunidas en esas dos obras gemelas, cubiertas de ligeros ara-

bescos en relieve, encima de las cuales se fija el dorado felizmente unido con los mas vivos colores. Con los ricos adornos de la fuente, están mezcladas una multitud de inscripciones, cuya traduccion hemos visto en una obra tan útil como apreciable, que con el modesto título de *Guía de Crimea*, ha publicado M. Montandon, sabio extranjero que habita en el pais. En la fuente de María, que es como llaman á una de las dos dichas, se leen las siguientes frases, tan bien saturadas del énfasis local.

“La fisonomía de Baghtcheh-Sarai está regocijada por la bienhechora solicitud de Krin-Gherai, el Luminoso; su mano tutelar ha estinguído la sed del pais.

“Si existe alguna fuente parecida á ésta, que se presente.

“Damasco y Bagdad han visto muchas cosas, mas no han visto una fuente tan hermosa.” Despues la fecha, que es de 1176.

En la otra fuente su fundador Kaplan-Gherai-Khan, implora la clemencia divina en favor suyo y de los pecadores de su raza.

Despues de esos dijes de arquitectura, que son encantadores monumentos damascenos, la fuente mas poética de la ciudad, es seguramente aquel mo-